

REVISTA HUMANIZAR 2010

Entrevista a Federico Mayor Zaragoza, presidente de la Fundación Cultura de Paz

Brotos para una convivencia más humana

Educación, valores democráticos, igualdad de género, libertad de expresión, desarrollo sostenible... La paz pasa por la reflexión, la solidaridad, el trabajo digno, una economía compartida, el diálogo interreligioso, el misterio del amor. “Dirigir con sentido nuestra vida”, es la llave maestra a un futuro en común.

María Pilar Martínez Barca

Federico Mayor Zaragoza (Barcelona, 1934), doctor en Farmacia por la Universidad Complutense de Madrid, catedrático de Bioquímica en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Granada y de la Autónoma de Madrid. Entre sus responsabilidades políticas, Subsecretario de Educación y Ciencia (1974-75), Ministro de Educación y Ciencia (1981-82) y Diputado al Parlamento Europeo (1987). Director General Adjunto (1978) y Director General de de la UNESCO (1987-1999). A su regreso a España crea la Fundación para una Cultura de Paz. Co-Presidente del Grupo de Alto Nivel para la Alianza de Civilizaciones (2005). Poeta, conferenciante infatigable, entrañable abuelo.

Mirada de futuro

P.- ¿Qué es la Fundación Cultura de Paz?

R.- La Fundación Cultura de Paz trabaja infatigablemente para contribuir a pasar de una cultura de imposición, violencia y dominio a una cultura de diálogo, conciliación, alianza y paz. Desde el origen de los tiempos hemos seguido un perverso adagio: “si quieres la paz, prepara la guerra”. Ahora debemos sustituirlo por “si quieres la paz, colabora a construirla con tu comportamiento cotidiano”.

P.- ¿Cuáles son sus líneas de acción prioritarias?

R.- Las que se especifican en la Declaración y Programa de Acción para una Cultura de Paz, aprobados por la Asamblea General de las Naciones Unidas (septiembre 1999). Se trata de acciones de carácter educativo, formación en valores democráticos, igualdad de género, libertad de expresión, desarrollo sostenible...

P.- La Fundación (marzo 2000) sigue las directrices de su etapa como Director General de la UNESCO ¿Cómo educamos a los jóvenes en materia de paz?

R.- La llave maestra del futuro es una educación que permita “dirigir con sentido nuestra vida”, actuando en virtud de las propias reflexiones. Pasemos de ser

espectadores impasibles a actores participativos. Una educación que incluye cuatro pilares básicos: aprender a conocer, a hacer, a ser y a vivir juntos; y emprender, atreverse. En 1943, bajo los auspicios de la UNESCO, tuvo lugar en Montreal una Reunión Mundial para la Educación en Derechos Humanos y Democracia. Es esencial que el comportamiento se base en grandes principios éticos que: justicia, solidaridad y, sobre todo, respeto a la igual dignidad humana; –sea cual sea el color de la piel, el sexo, la ideología, la religión...-; fundamento esta última de todos los derechos humanos.

P.- ¿Estamos concienciados los adultos?

R.- Depende. El inmenso poder mediático ha hecho muy difícil la auténtica emancipación ciudadana. Nos tienen distraídos, atemorizados. Es imprescindible tomar conciencia para movilizarnos, participar y no esperar –tendiendo nuestra mano en actitud solidaria- a que se produzcan grandes catástrofes, *tsunamis*, terremotos...

P.- ¿Cómo luchar contra la exclusión y la pobreza en un mundo diverso y económicamente tan precario? Inmigrantes, parados...

R.- ¿Económicamente precario? Para el “rescate” de las corporaciones financieras aparecieron de golpe, imprevisiblemente, centenares de miles de millones de dólares, cuando no podían satisfacerse los objetivos más urgentes del milenio (lucha contra la pobreza, Sida...). Para inversiones militares (tres mil millones de dólares al día) no hay restricciones, al tiempo que mueren de hambre más de sesenta mil personas (de ellas, calcula la FAO, treinta y cinco mil niños). Las burbujas de las comunicaciones y la inmobiliaria, que tan pingües beneficios han proporcionado y después de “explotarlos” han dejado tantos desempleados e inmigrantes, menesterosos y lejos de sus casas, constituyen una severísima lección que no deberíamos desaprovechar.

P.- ¿Puede seguir hablándose del eje Norte Sur?

R.- Debemos hablar del Sur, de donde tantos recursos y sabiduría han ascendido hacia el Norte, para ayudarles activamente después de tantos siglos de explotación y de dominio. Es necesario que pongamos ahora realmente en práctica lo que en los años cincuenta aparecía como la gran solución al término de la Segunda Guerra Mundial: la cooperación internacional. De *co-operare*, trabajar juntos.

P.- Defensa del pluralismo cultural y diálogo intercultural. ¿Cómo conciliar, pongamos por ejemplo, valores musulmanes y cristianos?

R.- Son totalmente conciliables. El diálogo interreligioso –como acreditan las Declaraciones de las reuniones en Barcelona (diciembre 1994), y en Montserrat (2008)- ha puesto en evidencia que no hay problemas “religiosos”, sino “eclesiásticos” Es la

interpretación sesgada, interesada, la que origina fanáticos, convierte la creencia en fatalismo, intentando imponerla a los demás. La fe forma parte de lo más íntimo de cada persona y sólo se fortalece cuando es algo “nuestro”, cuando el comportamiento no acata el dictado de nadie. Y, sobre todo, cuando no es fruto del temor, de la amenaza, del castigo. La base del sentimiento trascendente es el amor. Pero hay otros conflictos *intrarreligiosos* (chiítas y sunitas en Irak; cristianos y protestantes en el Ulster...).

P.- ¿Pueden prevenirse los conflictos?

R.- Pueden y deben prevenirse. Pero, para ello, es necesario reforzar el sistema multilateral, disponer de unas Naciones Unidas dotadas de recursos personales, técnicos y financieros suficientes, y volver a repetir, como decisión colectiva e individual “Nosotros, los pueblos...”. De otro modo, seguiremos proporcionando ingentes sumas a los productores de armamentos, seguiremos siendo vasallos...

P.- La paz, ¿una hermosa utopía o una lenta conquista en común?

R.- Las utopías siempre son “hermosas” porque permiten avanzar. Como afirmó Eduardo Galeano, sólo se progresa cuando se persigue algo que se desplaza a medida que recorremos el camino; sólo gracias a esta visión de futuro, a esta nueva mirada y capacidad de anticipación, pueden convertirse muchos imposibles hoy en posibles el día de mañana. Y hemos avanzado mucho. No olvidemos que en el siglo XX las dos grandes conflagraciones se originaron en el corazón de Europa; ni tampoco las acciones bélicas de Japón (diciembre de 1941, ataque a la Armada de los Estados Unidos en Pearl Harbour). Y lo que ha representado en América Latina la “Operación Cóndor”, la paz en El Salvador, Mozambique, Guatemala, el Ulster...

La dignidad como único armamento

P.- ¿Cómo contribuir a esa paz mundial, a nivel personal, familiar...?

R.- Esta pregunta es especialmente importante, porque contiene la respuesta. Paz a escala personal, familiar, laboral... en el pueblo, en la ciudad... Todos debemos plantar semillas, aunque sólo sea una, porque miles y miles de seres humanos puedan de este modo conseguir una gran cosecha.

P.- ¿Qué la dificulta más, la crisis económica o de valores?

R.- La de valores, porque conduce a la económica, y medioambiental, y alimenticia.

P.- ¿Qué papel juegan las mujeres en esa cultura de paz?

R.- El papel de las mujeres es absolutamente fundamental. El poder que ha utilizado la fuerza a través de los siglos ha sido siempre masculino y ha carecido de la influencia de

quienes, de forma innata, tienen un respeto especial a la vida. Un atardecer, en Pretoria, el presidente Nelson Mandela, al comentar algunos sucesos acaecidos en el barrio Alexandra Township, de Johannesburgo, me decía que la cultura de paz empezaría a ser posible cuando la influencia de la mujer en la toma de decisiones fuera, al menos, del quince al veinte por ciento. Hoy puede calcularse alrededor del nueve por ciento.

P.- ¿Hay todavía muchos niños que trabajan en el mundo?

R.- Es necesario referirnos de nuevo a unas Naciones Unidas fuertes que supriman de una vez los paraísos fiscales, los tráficos de toda índole –armas, capitales, drogas, personas-. Hoy la impunidad es absoluta en el espacio supranacional.

P.- Vivimos cada vez más años. ¿Cuál es el papel de los mayores en aras de una sociedad en paz?

R.- Dar más vida a los años a medida que se den más años a la vida. La experiencia de los mayores no puede perderse, es un tesoro que debe servir para el progreso del conjunto de la sociedad. La longevidad es uno de los grandes logros de los avances científicos. En la “nueva democracia”, el papel de los mayores será progresivamente apreciado y solicitado.

P.- Durante sus años de catedrático, Vd. puso en marcha el Plan Nacional de Prevención de la Subnormalidad. ¿Hemos avanzado en este aspecto?

R.- Muchísimo. A las metabopatías de desarrollo postnatal, que cursan con grave deterioro mental, se han unido otras alteraciones genéticas y adquiridas (especialmente por episodios de hipoxia o falta de oxígeno en el parto). Es mucho lo alcanzado (consejo genético, diagnóstico precoz), pero es mucho más lo que debe conseguirse. La prevención es la gran victoria.

P.- ¿Cómo ve, en pleno siglo XXI, la relación entre derechos humanos y personas con discapacidad?

R.- Como usted sabe muy bien, en el terreno conceptual es mucho lo que se ha adelantado, especialmente desde la Conferencia sobre Derechos Humanos de Viena en 1993. La sociedad se ha implicado y comprometido sucesivamente. Pero, aquí también, queda mucho camino por recorrer. Se trata de personas con alguna discapacidad, pero con gran frecuencia las “supervalías” compensan las “minusvalías”.

De la fuerza a la lírica

P.- ¿Podrían erradicarse para siempre algunas enfermedades?

R.- Ya se están erradicando: la viruela, la polio... Es en este campo de evitar o paliar el sufrimiento humano donde más debería invertirse: la salud como gran prioridad.

P.- ¿Y las células madre?

R.- En todo este ámbito lo único preocupante es la clonación humana con efectos reproductivos. En 1992 creamos un Comité Internacional de Bioética que condujo, magistralmente dirigido por la jurista francesa Noellie Lenoir, a la unánime aprobación, por la Conferencia General de la UNESCO y la Asamblea General de las Naciones Unidas, de la Declaración Universal sobre el Genoma Humano, en cuyo artículo undécimo se prohíbe esta modalidad de clonación. Todos los demás aspectos de la utilización de los conocimientos de genética deben ser abordados con criterios rigurosamente científicos, apoyados por sociólogos, filósofos, representantes de las distintas culturas religiosas, etc.

P.- De todas las personas y personalidades que ha conocido, ¿cuál le transmitió mayor sensación de humanidad?

R.- Han sido muchas las personas que me han impresionado, la mayoría anónimas. Pienso en los sabios consejos de algunas mujeres africanas, que saben inventar cada día, al amanecer, cómo llegar, con sus familiares, con dignidad, a la puesta del sol. Entre los más conocidos, puedo destacar dos: Nelson Mandela y la Madre Teresa de Calcuta.

P.- ¿Qué papel juegan las religiones para conseguir la paz?

R.- Tradicionalmente, nos hemos deseado la paz –“la paz sea contigo”, “shalom”, “salam”-, pero después hemos ejercido casi siempre la violencia. Las religiones se basan, sin excepción, en el amor. Las creencias pueden contribuir a la paz, en la misma medida en que reflejen esta solidaridad, esta capacidad de com-padecer, de com-partir, de des-vivirse por los demás.

P.- Algunos brotes verdes que despunten hoy en nuestra sociedad.

R.- La moderna comunicación; más mujeres en el gobierno de países y en la representación ciudadana; participación no presencial, a través de los SMS, Internet, etc. Todo ello permite involucrarse, pasar de testigos impasibles a ciudadanos plenos.

P.- Vd. desempeñó también diversos cargos políticos. Desde esa perspectiva, ¿tenemos razones reales para la esperanza?

R.- Si pensara lo contrario, no seguiría madrugando e intentando favorecer estos cambios radicales que ya tenemos al alcance de la mano. No habrá cambio sin esperanza, sin convicción, sin la decisión personal de seguir en la brecha.

P.- Ha escrito libros y varios poemarios. ¿Qué aporta a la paz mundial la poesía?

R.- La poesía representa la fuerza de la palabra. Todo lo que le acabo de decir podría resumirse en la gran inflexión histórica: la transición de la fuerza a la palabra.

Gracias, D. Federico, por su tiempo, sus palabras, su paz. Continúe sembrando su semilla.